

Negro Hueso

Jesús Alcaide

Negro hueso es el título de la primera exposición que el artista Manuel M. Romero realiza para la galería Artnueve. Después de participar en la exposición colectiva *Otro doble hermético comisariada* por Jesús Alcaide, el artista presentará en esta exposición una serie de trabajos en los que continúa sus investigaciones sobre la propia pintura, sus procesos y la manera en que se construye como un objeto cada vez más autorreferencial.

Desde finales de los años noventa del siglo pasado venimos escuchando como un rumor persistente la idea de los afectos. En este “giro afectivo” que se produjo en el mundo del arte desde ciertas derivas del arte relacional, han tenido mucho que ver las lecturas cruzadas que teóricas como Sara Ahmed, Laurent Berlant, Ann Cvetkovich o José Esteban Muñoz entre otras hicieron del pensamiento de Gilles Deleuze y Felix Guattari. Esencia, potencia, deseo, cuerpo. Es la pulsión de vida la que nos lleva a actuar. Doble relación de lo que afecta y al mismo tiempo puede ser afectado. Agencia de afectar. Lo importante como escribía Spinoza es que nadie sabe lo que puede un cuerpo.

Desde la primera vez que vi los trabajos de Manuel M. Romero (Sevilla, 1993) me sentí afectado por ellos. Una sala blanca, dos pinturas de gran formato. Una apoyada en el suelo. Otra, un papel monocromo pegado a la pared. Junto a ellas, algunos dibujos. Ceras negras sobre papel blanco hueso que de manera cómplice se relacionaban con las otras piezas. En el suelo, recortes de papel, restos del proceso, elementos de taller que me llevaban a pensar en lo que era la pintura. En aquello de lo que llevaba muchos años separado, porque no tocaba mi cuerpo. No me afectaba. Hace cinco años de aquello. 2017. *En el cero de la forma*. Y ahora cinco años después estamos aquí. *Negro hueso*.

“Al otro lado del Atlántico, los cráneos de más de treinta millones de bisontes masacrados en las praderas norteamericanas eran recogidos uno por uno por campesinos e indios pobres, para venderlos al Sindicato de Huesos de Dakota del Norte, que los amontonaba hasta formar una pila del tamaño de una iglesia antes de transportarlos a la fábrica que los molía para producir fertilizante y negro-hueso, el pigmento más oscuro que se podía encontrar en esa época”¹. En *Un verdor terrible*, Benjamin Labatut trazando una ficción poética de como los grandes avances en la ciencia han acabado en muerte y horror extremo, dedica una parte del texto a hablar de la formación de los colores y como estos afectan al cuerpo. El verde de Scheele que acabó con Napoleón en su encierro en Santa Elena, el azul de Prusia de Dippel que aún se puede ver en algunos ladrillos de Auschwitz, el negro-hueso obtenido mediante la combustión de los cráneos de bisontes y las virutas de marfil. Un negro que como escribía Derek Jarman en *Croma*, “disuelve la forma”². Quemar el blanco nos trae el negro.

En el cero de la forma fue el título que Manuel M. Romero escogió para su primera exposición individual, fruto de la obtención del Premio Iniciarte. Una declaración de intenciones. Un manifiesto sobre qué era para él la pintura. Un posicionamiento. “*La pausa hablando de pintura*”³ Tiempo. Ahora y para siempre.

1 Labatut, Benjamin. *Un verdor terrible*. 2020

2 Jarman, Derek. *Croma*. 2017.

3 Barro, David. *Manuel M. Romero. Conjuguar el vacío*. 2017

ARTNUEVE

Hablando con Manuel sobre su pintura siempre habla de tiempo. El tiempo le permite trabajar más en sus obras y al mismo tiempo hace que tenga que trabajar mucho más tiempo en ellas. La idea de tiempo es fundamental para entender su posicionamiento en la pintura. Frente al ruido visual que nos afecta a diario, en los trabajos de Manuel, el tiempo parece dilatarse, retardarse, suspenderse. Hay una espera de que algo ocurra, pero no en el sentido narrativo, pues su pintura huye de cualquier posible narración. Esa espera es la del acontecimiento de lo visible, la de ese devenir que se esconde bajo la superficie aterciopelada de sus negros. Un negro que todo lo absorbe. Un negro que nos remite a un final de la pintura que nunca llega. Un negro hecho de trazos amarillos, verdes, azules. Un negro mate que en el arte, como decía Reinhardt, nunca es mate. Un negro que late, vibra, afecta.

Manuel tiene su estudio en Sevilla, en una calle que se llama Imaginero Castillo Lastrucci a apenas 600 metros del Museo de Bellas Artes de Sevilla, una de las mejores pinacotecas en las que se pueden ver obras de los grandes de nuestro siglo de Oro. Pero en la obra de Manuel, no hay imagen, tampoco aquellas figuras que en los cuadros de Velázquez, Murillo o Cotán consiguen afectarnos a introducirnos en una ficción que no es otra que la de la propia pintura como construcción, como artificio de una realidad que no existe, pero que ocurre entre los límites del marco. Como en aquellas otras postrimerías negras que pintó Valdés Leal y que nos hablaban de una pintura mental, un enigma a descifrar. *In ictu oculi*. El tiempo, otra vez. En un abrir y cerrar de ojos.

Al igual que otros pintores actuales, Manuel Romero viene trabajando en la pintura desde un proceso de autorreferencialidad, explorando la disciplina, dejándose llevar por los materiales y los procesos. *Telas con manchas de pintura*, dice Manuel. Una objetualidad latente que está en proceso de ocurrir.

*Lo gestual, lo provisional, la elipsis, lo casual, lo específico, lo latente, lo frío, lo cálido; el marco, el suelo, el muro*⁴. Esas son las palabras con las que Latimer se refiere a una serie de pinturas abstractas que de alguna manera me recuerdan a los modos de entender las pinturas que Manuel M. Romero presenta en Negro hueso, una serie de trabajos en los que continúa sus investigaciones sobre la propia pintura, sus procesos y la manera en que se construye como un objeto cada vez más consciente de sí mismo. Una pintura mental que afecta a nuestras pasiones y deseos.

Cuando salgo del taller de Manuel, mientras desplegamos telas que tiene escondidas y le damos la vuelta a dibujos hechos con spray pegados en la pared, me cuenta que desde hace años guarda en un bote de cristal polvo del spray con el que interviene en algunas de sus telas. Pienso en el polvo, en la imagen que Man Ray hizo del taller de Duchamp y en las propias notas de Duchamp. *Criar polvo en vasos. Polvo de 4 meses, 6 meses para luego encerrarlo herméticamente=Transparencia*⁵. Ahora algo me vuelve a cuadrar.

Dejar que los materiales vayan haciendo. Esconder el gesto y hacer que la imagen se suspenda. Huir de cualquier atisbo de narrativa. Prescindir de lo accesorio. Negro sobre negro. Negro borrando el blanco. Negro que pausa el tiempo. Negro que busca el límite abrazando el propio proceso de la pintura. Negro como un martinete. *Negro hueso*, “azul de una noche sin temor de día”⁶. Negro que cala hasta los huesos. *Negro hueso* que entre el humo ilumina un nuevo sendero. Hay algo que está cambiando en las obras de Manuel, porque como dice Jorge Wagensberg, “El pulmón necesita aire, el corazón sangre, la boca saliva, el cerebro cambio”. La pintura sigue latiendo. Nadie sabe lo que puede la pintura.

4 Latimer. Quinn. Jonathan Binet, Lydia Gifford and David Ostrowski. Artforum. 2012

5 Duchamp, Marcel. Escritos, Duchamp du Signe. 1978

6 García Lorca, Federico. *Norma y Paraíso de los Negros. Poeta en Nueva York*. 1940.